

Entre Sombras y Susurros

Lourdes Massimino


QUATERNI

10 de septiembre

Mi búsqueda en la Red es una aventura, por momentos frustrante. Las mismas imágenes, textos extraídos de otros textos, como si las aguas de estos manantiales abrevaran de un mismo océano. Higuchi Ichiyoo es un misterio, un pequeño dibujo en papel de arroz delineado por un pintor de miniaturas. Su obra fue escrita en el lapso que dura un suspiro, su sentido es infinito. Me acerco a su biografía con actitud práctica y a la vez ingenua, sé que su vida fue una travesía por un monte escarpado. Un Fujiyama personal. La base, la orfandad. La cima, la maternidad. Una vida signada por el compromiso de ser único sostén de su familia a los diecisiete años. La muerte, hechicera sin rostro, animal hambriento devoró primero a su hermano y luego a su padre. Una enfermedad cruel que carcomía los pulmones. Higuchi tuvo que asumir una madurez meteórica que hizo que su adolescencia se esfumara.

20 de septiembre

Mi amiga Natsuki me habló de un tesoro de familia, ni bien se enteró de mi proyecto. No quiero importunarla. Aun no la he llamado. Pienso que si las cosas son obra del destino su intención no se desvanecerá con los días. Tengo que aguardar. He comenzado mi investigación. Las primeras imágenes de Higuchi Ichiyoo llegan a mí como veladas. Su foto emblemática en color sepia parece difusa.

Ha pasado el tiempo. Su figura apenas se adivina, su rostro es el de una niña. Es difícil acertar con la edad de una mujer japonesa, siempre ha sido una dificultad para mí. Cuando conocí a Murasaki sensei, hubiera jurado que compartíamos la misma generación, sin embargo, con el correr de las clases habló de nietos con edades para comprenderlos nuevos avances en la informática y me sorprendí.

4 de octubre

El tiempo se ha deslizado entre compromisos y desencuentros. He llamado a Natsuki y ella ha intentado comunicarse conmigo, pero nuestros horarios se han cruzado. Desde que la contrataron en el Jardín Japonés ya no dispone de tiempo para una taza de té. La tarea de coordinar el Área de Cultura le demanda mucho tiempo. Hoy, por fin, nos hemos citado.

Según mis investigaciones: la literatura del medioevo japonés manifiesta un fuerte acento masculino. La técnica del verso encabalgado o renga es el soporte donde se vuelcan las vivencias de la clase guerrera. Aquello que se denominó “monogatari¹”, era una forma de narrativa selecta que floreció en ámbitos de privilegio, muy lejos del alcance de la sociedad rural.

En mis apreciaciones, el dique que mantenía aisladas de las letras a las personas sencillas se quiebra con la aparición de los monjes itinerantes. La memoria del pasado se vuelve canción. Ellos transmiten al pueblo las historias acompañados por instrumentos. Algunos de cuerdas como el conocido biwa. Los “monogatari” van recorriendo territorios a modo de escuela nómada en la voz de estos hombres de fe.

Así la gente del campo se nutre y adquiere una forma nueva de aprender. Los relatos tienen un fuerte contenido budista y resaltan la inconstancia de lo mundano. Estos hechos cobran importancia en un contexto de revueltas sociales.

¹ Biwa: Instrumento de cuerdas similar al laúd.

5 de octubre

Cuando ya me había olvidado del ofrecimiento de Natsuki, dando por descontado que no era un asunto sencillo, mi amiga me envió un correo electrónico con la frase “Tenemos algo pendiente, Ángeles san”. Fue como el efecto de un tornado. El contacto con la cultura japonesa a través de los herederos de Higuchi Ichiyoo cambia por completo la perspectiva de mi proyecto. Ampliaré mis conocimientos de un país que me brinda serenidad. Aunque pujante en su hacer, encuentra la calma en la naturaleza. Donde el orden se entremezcla con el desvarío.

Mi amiga abría un resquicio para atravesar la bruma del tiempo al acercarme a sus abuelos nativos. Nunca había relacionado su apellido con la escritora de mi búsqueda.

Nihon llegó a mí a través de los escritos de los nostálgicos de su literatura japonesa: Eiji Yoshikawa, Yasunari Kawabata y Yukio Mishima. Mis estudios de japonés, querían alcanzar sus obras, la literatura de origen, intacta.

Mis intentos fallidos de aprender nihongo² dejaron algunos sinsabores y frustraciones. ¿Cómo podría leerla novela “Mil Grullas” de mi admirado Yasunari Kawabata en su idioma natal? ¿Cómo alcanzaría el espíritu del País del Sol Naciente si no podía capturar el nihongo? La nostálgica ambición de estudiar japonés, me hizo retomar una segunda vez, pero sin los resultados que esperaba.

El camino es duro y la cuesta empinada, la cumbre está cercana a la utopía. ¿Quedaré en mi corazón como un anhelo de alcanzar lo inasible? Quizás algún día vuelva a sucumbir a su hechizo misterioso.

² Nihongo: El idioma de Japón.

El nihongo es una lengua sugerente con leyes estrictas y un tono particular que evoca la naturaleza en sus sonidos altisonantes. Un idioma esquivo por su dificultad, pero seductor porque me transforma y me embelesa. Me atrapa en el laberinto de sus ideogramas, los kanjis³ me resultan hipnóticos, su fonética esquiva.

Cuando suspendí mis clases por segunda vez, un vendaval arrasó mi autoestima. En aquel entonces me invadieron las sombras de la incertidumbre: ¿Seré capaz de lograrlo alguna vez? Ese pensamiento aun hiere mi orgullo.

Un ejemplar de “Mil Grullas” en japonés duerme un sueño de misterios en un rincón privilegiado de mi biblioteca. Lo guarde en una caja forrada con la imagen de una geisha que camina entre cerezos en flor. Quizás senderos rosados como los que sedujeron a Higuchi Ichiyoo en las primaveras afines, pero siempre disímiles.

Su transcurrir la llevó por los distintos barrios de Tokyo. Fue así como Higuchi fue capturando los espacios, los aromas y absorbiendo los modos de atravesar la existencia en todos sus matices. Su extrema sensibilidad influyó en su labor, que reflejó los cambios sociales en una época crucial de fines del siglo XIX.

Mi curiosidad da sus frutos y me lleva a estudiar el origen de la lengua escrita de Japón, para conocer así el aporte notable de una voz femenina. Las mujeres conformaron, a modo de bordado un lenguaje especial, con el papel de arroz como soporte y la tinta como un río: el Hiragana, que era la cristalización de la fonética de los ideogramas, llamados kanjis. La nueva forma de encarnar los sonidos resultaba más accesible.

³ Kanjis: ideograma que refiere a una idea o concepto.

Este maravilloso silabario se lució en sus comienzos en la poesía. Manifestaciones épicas que plasmaban la pasión de algún guerrero. La impronta estilizada de las damas en las cortes en sus cartas de amor, un testimonio imposible de conservar por el matiz íntimo de su naturaleza.

Esas mismas mujeres conformaron los primeros círculos literarios. Damas que su pudieron dar vida a Las Letras, que dieron a luz obras notables como “Genji monogatari” de Murasaki Shikibu, en el siglo XI y “El Libro de la Almohada” de Sei Shoonagon en el siglo XII.

La idea de mi novela es alcanzar la esencia de la narrativa en la obra de Higuchi Ichiyoo que ha llegado a nuestros tiempos “Cerezos en Tinieblas”. Sé que este monogatari fue elogiado por Mori Ogai, un intelectual de la época, es un aval a su trayectoria. Y llegar a captar la simiente de sus orígenes. Y darme la ocasión de comprender por qué en algunos círculos se la considera la última escritora del Japón Medieval y la primera de un Japón renacido a la Modernidad a fines del siglo XIX.

8 de octubre

No quería ser una molestia, pero Natsuki insiste en llevarme personalmente a la casa de sus abuelos en Escobar⁴. La curiosidad sobrepasa mi paciencia habitual. Será un sábado, temprano, para evitar la miríada de autos que huyen de la ciudad. Seres humanos que escapan de las Jaulas sobre Jaulas, como diría el arquitecto francés Le Corbusier.

⁴ Ciudad cercana a Buenos Aires en la que se encuentra una importante comunidad japonesa.

El verde, una obsesión de estos tiempos. Las ciudades hacinan, despersonalizan, agobian con sus ruidos estridentes, asfixian con la contaminación. El desgaste de vivir como si hubiese una carrera para llegar antes a la muerte. Soy un animal de ciudad, por eso quizá, la esencia del Japón sea la búsqueda de una serenidad que aún no logro encontrar.

En mi nuevo refugio atemporal, me iniciaré en el conocimiento de Nihon⁵ y tendré acceso a un lugar donde un silencio elocuente me traerá reminiscencias del país añorado. Ráfagas como adelanto de las brisas suaves que traerá mi aproximación a Higuchi Ichiyoo.

Me subyuga la poesía corta, el Haiku⁶, ese esquema en esencia matemático, ese cinco, siete, cinco en sílabas del que asoma la perfección de un instante detenido en el tiempo, como un suspiro entre respiraciones agitadas.

Me detengo: –Cerezos en flor, almas sin voz, nacen suspiros– un tímido haiku que nace de mi interior como un mantra. Solo la esencia y el motivo de ser de la poesía breve de Nihon.

Higuchi y la poesía, Higuchi y su poder de atraer palabras como mariposas en la red de su ingenuidad. Higuchi y los relatos que conjugados con los poemas logran una fusión exquisita.

Higuchi “Ichi” —uno es japonés “yoo”— una extensión de mí misma—. Un llamado al reencuentro con mi yo interior a través de un oficio común, la Literatura.

⁵ Nombre dado a Japón en su idioma.

⁶ El Haiku es un género poético de origen japonés. Se escribe en tres versos, de 5, 7 y 5 sílabas.

Mi búsqueda

El sábado de la semana siguiente se precipita. Cuando parecía que el tiempo se había detenido, los días caen como hojas de otoño.

Julián ha llevado a los chicos de paseo. Quizás todos necesiten tanto el aire puro de una quinta en las afueras. Una semana intensa en el estudio de abogados. Acaso reviva en su alma su verdadera vocación. La del artista que abandonó sus sueños por mandatos ancestrales. Pienso que por eso me apoya en mis objetivos en Las Letras.

Tras un viaje en el auto de Natsuki, la autopista con su ritmo alucinado ha quedado atrás. Una calle estrecha dominada por la presencia de árboles antiguos se dibuja al girar en una esquina. La calzada irregular de adoquines hace que parezca que somos conducidas en un palanquín⁷ en el Oriente de épocas pasadas.

Una valla de bambúes, tras ella se esconde una casa de estilo tradicional japonés. Con pocas palabras y gestos tiernos, Natsuki, me guía a la puerta. De pie en la veranda⁸, las manos como grullas sobre el regazo, la abuela Izumi Ichiyoo, nieta de la escritora, nos aguarda. La anciana de tez luminosa me recibe con una inclinación de cabeza, repito el gesto.

He llegado a un reducto único traído en sueños desde Japón. Observo a Natsuki y copio sus acciones. Me libero de los zapatos y me calzo unos extraños zuecos.

Una mesa baja, un pequeño brasero en el centro, unos almohadones y unos cuencos de raku⁹, según aprendí en una Ceremonia de Té. Todo aquí tiene el ritmo del vuelo de una libélula.

Tras un panel abierto, el abuelo Nakamura, rodillas en tierra, trasplanta unas flores azulinas. Al oír el murmullo que proviene de la sala eleva su brazo en señal de acogida.

La señora Ichiyoo sonrío. Me observa como a una niña inquieta en una casa de fantasía. Intento llegar a todo, quiero saber y que deseo que mis manos descubran los objetos que son ajenos a mi cultura.

Natsuki sonrío, interpreta que la abuela ha tomado mi presencia con naturalidad. Está complacida de recibirme en su humilde casa, palabras textuales del modo en que me recibió al llegar.

En la sala hay bellos dibujos, similares a las láminas que descubrí en mi viaje hacia el conocimiento de Oriente. Dibujos exquisitos en papel de arroz con tonos delicados y trazos que se desvanecen por los movimientos del pincel.

La lectura de “Mil Grullas”, despertó en mí la sed por el Arte de Japón. Fue mi puerta de acceso para ir hacia la serenidad. El nombre de Nihon en símbolos, dos kanjis que se alían para dar esencia al nombre de un país que aún me sorprende. Dos kanjis: la grafía de Sol combinada con la de Origen.

A un lado de la sala, un enclave para el alma, un pequeño espacio iluminado, un arreglo de ikebana y un pergamino con un sello en un rojo profundo. La abuela Izumi sorbe el aroma del jasmín hecho agua de ensueño. “Debería haber perdido su

⁹ Raku es una técnica de alfarería tradicional esencialmente japonesa.

apellido de soltera al casarse”, pienso. Ella me observa expectante, como si yo fuese un ser llegado de un cosmos desconocido. Quizás, así lo sea, nuestros mundos son tan dispares.

—No quiero importunarla, señora, mi intención es pasar inadvertida en este lugar tan suyo. La idea de Natsuki pudo haber sido un tanto impertinente. Sepa usted disculpar mis torpezas, desconozco las costumbres.

—Puede decirme Izumi san, una forma cortés entre nosotros.

—Arigatou, Izumi san. Un “gracias” en japonés, una de las palabras que he retenido en mis años de pasión nipona. Mi léxico es escaso. Reconozco que tengo una deuda con la lengua de sus ancestros.

Natsuki insiste en ayudar a servir el té, pero la tozudez de su abuela la hace desistir.

—Es mi hogar, quiero homenajear a Ángeles san. Me permite que la llame así, ¿no? ¡Es que mi nieta me ha hablado tanto de usted! Su gran interés por mi abuela me intrigó, es por eso que he querido conocerla.

—El interés es mutuo, Izumi san. La verdad es que estar aquí es parte de un sueño. Mi alma palpita en este sitio, aires de un pasado de galerías y susurros de agua me remiten a mi ciudad natal a la vera del río Paraná. Una vivencia ingenua, aunque muy real.

—Notable coincidencia— acota la anciana —mi abuela Higuchi también creció a la vera del río que atraviesa Tokyo.

—Existe una fuerza inexplicable que me lleva a adentrarme en la obra de una joven escritora que me he propuesto rescatar de las tinieblas del pasado.

—Obaasan¹⁰, ¡qué sabroso está el té! —comenta Natsuki que se ha sentido al margen de la conversación.

—Tenía una reserva del último viaje de Katsuo a Nihon y consideré oportuno compartirlo con la amiga de mi querida Natsuki.

—Tanto honor para una escritora desconocida, que se llama así misma de ese modo porque un oscuro profesor de provincia le dio permiso. Semejante recibimiento me conmueve, Izumi san. ¡No se imagina cuánto...!

Como Izumi san insiste en continuar su conversación, Natsuki le explica que debo volver a tiempo con mi familia. Que la visita ha sido una formalidad para que nos conociéramos.

—Ángeles san dispone de dos tardes por semana para venir. Dedicar sus días a leer para nutrirse y escribir porque es una apasionada de la narrativa. Además, da talleres para iniciar a otros en su pasión por las letras. Si ustedes se ponen de acuerdo podrán fijar el próximo encuentro. Conoces mis ocupaciones, obaasan, no podré acompañarla, mi trabajo no tiene horarios.

Como si siguiera órdenes, la abuela se pone de pie sin ninguna dificultad a pesar de sus años, me pide que la siga. Cruzando un panel de diseño exquisito, me encuentro con un ambiente cálido que me enamora. Cautivan mi vista un pequeño escritorio, unos papeles en blanco y un arreglo sencillo de flores púrpuras en un jarrón traslúcido.

¹⁰ Obaasan es una forma respetuosa de decir "abuela".

10 de octubre

Estuve en casa de la nieta de Higuchi Ichiyoo, aun no puedo creerlo. No me eran habituales ni el lenguaje ni las costumbres. Tras un breve saludo sus pasos diminutos me transportaron a otra dimensión. La emoción pervive en mí. Me he quedado sin palabras. Me abstraí de mi pasado y mi presente se perpetuó por unos instantes.

Cuando la señora Ichiyoo desapareció de mi vista, dejó una impronta en mi alma. La habitación que me mostró para mi trabajo futuro me convoca. Mi presencia allí parece imprescindible, casi un deber sagrado.

Rescato la imagen impresiva de un jardín de estilo clásico japonés. El abuelo Nakamura ha diseñado un espacio con pequeños enclaves de flores que acarician con su aroma los sentidos. Ha cultivado árboles como esculturas vivientes. Ha trazado senderos de piedra que se hermanan con el lenguaje armónico de una cascada diminuta.

Aún escucho la voz de la señora Izumi que me invita un té, un té que ha reservado para ocasiones especiales. Saber que soy bienvenida me hace feliz. Su sonrisa afable me animó a dar el primer paso hacia el encuentro con mi admirada Higuchi.

La instancia de poder regresar a la casa de Izumi Ichiyoo, me ilusiona. La sensación de un privilegio no merecido me llena el corazón de agradecimiento. Mi nombre, después de haberla conocido, está acompañado por un “san”, un trato que demuestra que soy una persona honorable para la anfitriona.

Angeles san, un tributo no merecido. La idiosincrasia de una cultura tan antigua que se va mezclando con mi sangre en un latir que transmite paz. El chisporroteo de la pequeña fuente y las flores me llenan de sentimientos desconocidos. El suspiro quedo del viento entre los bambúes cala hasta lo más profundo de mi ser. Me sumerjo en el arrebató de ser una pasajera que hará nido en un rincón de la casa, en el mismo clima apacible

que rodea a los abuelos de Natsuki. He hallado un espacio seguro me acompañan dos seres tan nobles. Inicio mi recorrido hacia el pasado con más dudas que certidumbres, me rodean magníficos paneles como custodios de mi búsqueda.